

y de diversa forma hubo lucha entre los que defendían una circulación basada en monedas de oro y los que sostuvieron una circulación, apoyados en la idea de que el gobierno podía darle un valor, ya fuese emitiendo billetes de banco ó monedas de plata depreciada, ó de cualquier otro modo.

Hay ciertas maneras de pensar, fundamentalmente distintas y opuestas, que agrupan á una parte del pueblo en lados diferentes de muchos asuntos y por muchos años. Por ejemplo, el pueblo de los Estados Unidos, durante nuestra existencia nacional, ha estado dividido entre los que defienden la interpretación estricta y la interpretación liberal de nuestra Constitución. Unos reducen las facultades del gobierno nacional á sus más estrechos límites; otros hallan en la Constitución todas las facultades que cualquiera nación pueda tener, excepto las que expresamente han sido limitadas por los terminos de la misma Constitución. Unos tienden á llevar la independencia y la soberanía locales al extremo; otros llevan hasta el extremo la centralización del gobierno nacional. Esta diferencia sensible de pareceres ha dividido al pueblo en muchas elecciones sucesivas con relación á varios asuntos importantes y específicos: acerca de las facultades del gobierno na-

cional para llevar á cabo mejoras interiores, restringir la extensión de la esclavitud, establecer bancos nacionales, otorgar concesiones á los ferrocarriles del Pacífico, sostener una tarifa protectora distinta de la fiscal, adquirir ó incorporar á los Estados Unidos territorios adicionales, adquirir y gobernar las llamadas Posesiones Coloniales, regular el comercio, imponer contribuciones, organizar la policía y celebrar tratados. Es verdad que en los últimos años algunos reputados discípulos de Jefferson han defendido ciertas medidas de gobierno, que hubiesen hecho considerar á aquel apóstol del menor gobierno posible, con respecto á Hamilton, como un estricto partidario de la interpretación limitada de la Constitución; pero éstas son probablemente aberraciones temporales. La misma división entre las dos escuelas que interpretan de distinto modo la Constitución Federal, existe todavía y habrá de continuar según la naturaleza de las cosas.

A causa de esta diversidad de asuntos y de tantas diferencias permanentes de opinión, los defensores de cada uno de los opuestos bandos están obligados á mantenerse unidos en una serie sucesiva de campañas políticas. Esta unión no es ocasional ni fortuita, sino hasta cierto punto habitual

y determinada de antemano. Los hombres que sostienen opiniones firmes, respecto de las distintas fases de las grandes cuestiones políticas, llegan á ser conocidos entre sí, adquieren el hábito de trabajar juntos y descansan en su recíproca cooperación. La unión es, de hecho, continua, porque el proceso en el cual están empeñados los que sostienen estas diversas opiniones es continuo también y nuestro pueblo se halla de tal manera constituido, que tan pronto como una elección termina y se hace conocer el resultado, los que apoyan á los candidatos derrotados y los que defienden las opiniones vencidas, recomienzan sus esfuerzos para asegurar el éxito en las próximas elecciones. La esperanza de que en un año ó en dos ó en cuatro habrá una oportunidad para cambiar la derrota en victoria, es un gran elemento en la aceptación tranquila de los resultados de las elecciones por parte de los que son vencidos en ellas. La creencia profunda de la minoría de que sus candidatos y su política son mejores que los que han obtenido la mayoría de votos, hace esperar que cuando la piedra de toque de la experiencia se aplique á los candidatos y á la política de los que han sido favorecidos, se demostrará su inferioridad de tal manera, que el veredicto público habrá de revocarse.

Esta unión y esfuerzo constantes por parte de muchos hombres para llevar á cabo un propósito común, á través de una serie de luchas, trae consigo una organización constante, también porque su obra en favor de un propósito común y por un largo período de tiempo no puede verificarse sin ella. Las asociaciones continuas y voluntarias que tienen por objeto asegurar la adopción de determinada política respecto de la cual todos sus miembros se ponen de acuerdo, así como lograr la elección de candidatos que representen dicha política, son lo que nosotros llamamos partidos políticos.

Cuando surgen programas nuevos con motivo de las necesidades, dificultades y deseos mudables que el tiempo hace nacer en cada comunidad social, encuentran á los partidos políticos ya existentes y si tales programas exigen arreglos ó despiertan un gran interés entre los votantes, llega á ser necesario, desde luego, que dichos partidos determinen la posición que habrán de asumir respecto de ellos. Esta determinación natural se basa ó en la aplicación de los principios fundamentales de gobierno y en las ideas generales de la política que han dirigido á los respectivos partidos, ó en un cálculo del apoyo que en una posición ó en

otra recibirían de los votantes del país ó en una combinación de ambos extremos. Algunas veces las diferencias que separan á los votantes respecto de uno ú otro aspecto de una cuestión nueva, originan subdivisiones entre los viejos partidos, y si la importancia de la cuestión es considerable, grandes grupos de votantes disuelven su antigua unión y se ligan al otro partido, como, por ejemplo, lo hicieron los demócratas y los republicanos con motivo de la circulación monetaria hace pocos años, lo cual condujo á muchos demócratas, partidarios del oro, á votar con el partido republicano; y á muchos republicanos, partidarios de la plata, á votar con el demócrata. Rara vez la actitud de los partidos existentes es tan poco satisfactoria al pueblo, cuando está interesado en un asunto nuevo, que se resuelva á formar otro partido para apoyar sus opiniones respecto de esta cuestión particular. Generalmente esta determinación demuestra que el pueblo, preocupado por un programa especial, exagera su importancia y entonces la formación del nuevo partido no tiene éxito; pero ya hemos tenido un señalado ejemplo de lo contrario, cuando los hombres que no estuvieron satisfechos con la actitud de los partidos Demócrata y Whig, respecto de la extensión de la esclavitud, formaron

el Republicano en 1856. Como regla, sin embargo, cada viejo partido agrega á la lista de los principios y de la política que defiende alguna consideración respecto de los asuntos nuevos de acuerdo con la opinión de la mayoría de sus miembros; y con ligeros cambios en sus filas, ocasionados por la separación de algunos descontentos, sigue sosteniendo sus opiniones respecto de los asuntos nuevos, así como respecto de aquellos con cuyo motivo se organizó. A veces, cuando desaparecen las cuestiones originales, que dieron lugar á la formación de un partido, éste continúa existiendo, aunque tenga por base, no ya los propósitos específicos que unieron á sus miembros, sino los nuevos que han aceptado, en virtud del proceso de la organización y de la actividad del partido.

Hombres de buena voluntad é inspirados por el bien público han deplorado la existencia de los partidos, y algunos de ellos prefieren alejarse de éstos y ejercer sus derechos para expresar sus opiniones por medio de la palabra ó de la pluma ó de la imprenta y aún votar con entera independencia, sin estar apoyados ó estorbados por la cooperación de los demás. Como yo he tratado de señalarlo, sin embargo, los partidos políticos son el producto natural de la evolución del gobierno po-

pular. No son únicamente el modo más práctico y mejor por medio del cual las operaciones gubernamentales pueden conducirse, sino que proporcionan la única manera de llevar á cabo esas operaciones, según lo podemos juzgar por la experiencia del mundo en el momento actual. En ningún país ha habido sin ellos, por un tiempo considerable, un gobierno realmente popular. Hay partidos políticos en Inglaterra, Francia, Alemania, Austria-Hungría é Italia, en todos los gobiernos constitucionales de Europa y en los países latino americanos, con variaciones que dependen de los caracteres de los diferentes países; y asumen una forma más precisa y sus funciones son más claramente reconocidas, á medida que el país donde existen pasa del estado de gobierno personal al de gobierno de principios. Conforme se desarrolla el gobierno popular, se perfeccionan también los partidos políticos, y mientras más se prolonga la existencia de un gobierno popular y más acabada es la expresión de la opinión y de la voluntad públicas, mayor es el desarrollo de la organización de los partidos políticos, en la verdadera acepción de la palabra.

Es sin duda de alta importancia que los electores de un país conserven su libertad para reprob

con sus votos á cualquier partido con cuya política no estén conformes ó al que no sea consecuente con su programa ó cuyos candidatos no sean á propósito para representar verdaderamente las opiniones defendidas; sin embargo, el pueblo de los Estados Unidos en cada elección va con uno ú otro de los grandes partidos, y la gran masa de los votantes de cada partido es fiel para con el suyo, elección tras de elección. En cada período electoral abriga una presunción en favor de la política defendida por el partido al cual estuvo ligada en el pasado y para la mayoría de los votantes tal presunción jamás desaparece y está más dispuesta á aceptar los argumentos favorables que provienen de sus propios correligionarios y en favor de sus propias predilecciones. El hábito de confiar en los jefes de su partido, la lealtad instintiva para con los compañeros de las primeras luchas políticas, la natural repugnancia á romper las antiguas ligas y á formar otras nuevas y aún á veces los efectos de opiniones heredadas y de la educación juvenil, todo se combina para que los hombres voten de ordinario con su partido. Esta tendencia hace que las conclusiones aprobadas en las juntas de los grandes partidos políticos lleguen á ser los factores más importantes para determinar la marcha

del gobierno popular y convertir la participación en la labor de los partidos en el medio más eficaz para influir sobre la masa de los votantes. La gran obra del gobierno popular se verifica en las juntas y convenciones primarias, en las conferencias y presentación de candidaturas, en los acuerdos personales y en las juntas privadas y públicas, en las reuniones de los cuerpos directivos de las convenciones y en la preparación de los programas, en las luchas entre los candidatos y en los esfuerzos para educar, convencer y persuadir á los votantes, y en todo el grande y complicado proceso que cada partido desarrolla incesantemente en cada aldea, pueblo, ciudad ó estado, culminando al fin en la presentación de la obra de la convención nacional á los votantes de todo el país, que en uno ó en otro sentido determinan para los poderes legislativo ó ejecutivo la política de la Nación.

No creo que el americano que sienta las responsabilidades que le impone su condición de ciudadano, pueda cumplir mejor sus deberes, como miembro de un pueblo que se gobierna por sí mismo, que interviniendo en la organización de uno de los grandes partidos políticos. Mientras más educado, inteligente y activo sea, mayor será la razón por la cual buscará para sus facultades el inmenso acre-

centamiento de fuerza que proviene de la unión, acuerdo y organización de los partidos. En los Estados Unidos se abusa mucho de las facultades y de la dirección de los partidos; pero al americano que se aparta de ellos y critica ó condena su conducta se le puede decir: «vuestra es la responsabilidad y no podéis libraros de ella.»

Algunas veces oímos repetir á hombres inteligentes é instruidos que no tienen oportunidad de hacer algo en los partidos políticos, que la junta directiva es quien gobierna todo y que el que no forma parte de ella no tiene ninguna probabilidad de éxito, esto es, que los hombres que por cierto tiempo desempeñan los altos puestos del partido, son quienes dirigen su acción, y la voz del que ha entrado recientemente en él no ejerce influencia alguna. Esto es totalmente falso. No hay junta alguna directiva que no pueda en cualquier tiempo ser separada del poder, si los miembros del partido así lo resuelven, y jamás sucederá que cuando un hombre de carácter y hábil entre á trabajar en un partido político, no pueda ganar de una manera completa la influencia y el poder á que su habilidad le dé derecho ó no pueda contribuir materialmente á un cambio de dirección, si puede tomarse la pena de consagrar el tiempo y el esfuerzo indispen-

sables á la creación ó al ejercicio de su influencia entre los miembros del partido. Sin duda, ninguno de los que entran por la primera vez á los partidos políticos puede imponer inmediatamente su opinión. El tiempo, el esfuerzo continuado y la unión por largo intervalo sostenida, de los cuales habrá de nacer la confianza en la sinceridad del hombre, el respeto á sus opiniones y el propósito de someterse á sus deseos, son necesarios al ejercicio de este género de poder; pero esto mismo es indispensable para llegar á ejercer una influencia cualquiera en todos los negocios de la vida en que se trata de la dirección de los demás hombres. Si cualquier ciudadano americano quiere libremente hacer el sacrificio de sus comodidades y conveniencias personales, y emplear, para convertirse en una fuerza activa en los asuntos políticos, los mismos medios ordinarios de que haría uso para llegar á serlo en los negocios de la iglesia ó entre los colegas de su profesión, ó en cualquiera empresa que traiga consigo la acción de un gran número de hombres, la junta directiva de ningún partido podría ser para ello un estorbo y de ordinario tampoco desearía evitárselo.

A menudo se dice que los políticos son más bien gente de baja ralea, con propósitos egoístas y prác-

ticas corrompidas, que manejan los partidos en su propio beneficio y que las personas respetables no deben tratar con ellos. Si esto sucede, é indudablemente acontece en ciertos tiempos y lugares, se debe á que en esos lugares y tiempos la dirección política la adquieren esas gentes, porque rehusan tomarla los que valen. Semejante condición de los negocios políticos tiene por causa que los ciudadanos honrados, hábiles y animados por un espíritu público, que no habrían de prostituir la acción del partido convirtiéndola en ventajas personales, y que al organizarlos no llegarían á acuerdos indignos para asegurarse puestos y beneficios, dejan de cumplir con sus deberes y permiten que la organización del partido, que limita y restringe el ejercicio de las facultades políticas, permanezca en las manos de gentes indignas, que tratan de satisfacer sus propios intereses. No hay ningún partido en el cual la gran mayoría de los votantes no desee adquirir este dominio; pero no lo logrará si ella y los ciudadanos todos que deben ejercer activamente las facultades del partido dejan por indiferencia ó poca voluntad, de emplear el tiempo necesario y de tomarse la pena indispensable para desempeñar esas facultades. Yo he dicho que hay ciertos peligros que nacen del manejo de nuestros parti-

dos políticos y mencionaré algunos de ellos; pero se remediarían bien pronto, si los ciudadanos que comparten los principios de sus respectivos partidos reconociesen sus responsabilidades y cumplieran los deberes que, como ciudadanos, les corresponden. El hecho de que existan tales peligros, en lugar de que sea una razón para no ocuparse en la vida activa de los partidos, es, al contrario, una razón para tomar parte en ellos. Semejante hecho no es sino la demostración del deber que existe de remediar el mal; y este deber no solamente incumbe á los miembros del partido, sino á todos los que, en términos generales, aceptan sus principios y en consecuencia, deben vigilar á los empleados y directores del partido, como si fueran sus agentes, pues ellos mismos son responsables del carácter y conducta de dichos agentes.

Otra razón ó causa para no tomar parte en los negocios públicos es exactamente el reverso de la que ya he mencionado, esto es, que la dirección del partido es satisfactoria, que los asuntos marchan bien y que el hombre cumple con sus deberes para con su partido si apoya su programa con su voto y contribuye además para el pago de los gastos. Esta posición de los que se retiran por este motivo de la cosa pública no puede sostenerse. Significa en pri-

mer lugar que quien obra de esa manera desea que sean otros los que cumplan por él la mayor parte de sus deberes de ciudadano, y trae consigo además, que el poder y la eficacia del partido, al plautear los problemas del gobierno, y al defender y apoyar las conclusiones que establece, se disminuyan por la deserción de uno de sus elementos de poder, esto es, de la habilidad y de la fuerza de carácter de los hombres que debían estar consagrados á los trabajos del propio partido.

Ninguna de las razones que se aducen para no tomar participación en los partidos políticos son las reales y verdaderas; las únicas ciertas son que los hombres no quieren gastar su tiempo, su dinero y su trabajo para cumplir con sus deberes de ciudadanos; que prefieren atender á sus negocios, á sus asuntos profesionales y aun á sus placeres, y dejar que los demás los gobiernen, antes que gobernarse á sí mismos; y que desean por último que sin su ayuda continúe la gran lucha que se verifica para la defensa y protección de sus propiedades, sus libertades y sus facilidades de trabajo, para el establecimiento de los principios sólidos que sirven de base á la hacienda pública, para la defensa de la sociedad, para la corrección de los males sociales, políticos y comerciales, para el castigo de

los que obran erradamente, así como para el sostenimiento de la justicia y el mantenimiento de la paz y de la honradez pública. Quieren ellos que sin el apoyo de su instrucción y de su inteligencia continúen su labor las grandes masas populares, de cuya instrucción y clara inteligencia acerca de las cuestiones de gobierno depende la total estructura del gobierno democrático; quieren observar una conducta que, si fuese compartida por el resto de los ciudadanos, pondría término á nuestro gobierno constitucional y sería un obstáculo para nuestra prosperidad y nuestro progreso; y quieren, por último, depender, para la salvaguardia de todo lo que para ellos tiene valor en la vida, de la confianza de que otros, menos egoístas y animados de mejor espíritu público, se tomen la pena de cumplir con sus deberes de ciudadano, mucho mejor de lo que ellos mismos hubieran de hacerlo.

III.

LOS DEBERES DEL CIUDADANO COMO MIEMBRO DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS.

Nada hay más fácil y sencillo para un joven inteligente, que tomar parte en la labor de un partido político en los Estados Unidos. Lo único que habrá menester será escoger el partido cuya influencia considere preferible, y hacer que los directores de él, radicados en su propio domicilio, sepan que está deseoso de trabajar con ellos. Inmediatamente será admitido en cualquiera de las sociedades ó agrupaciones políticas de la localidad y se le proporcionará todo el trabajo que esté listo á llevar á cabo. Sin duda no empezará por ser director ó por imponer sus ideas para determinar la política del partido, y probablemente tampoco, en sus comienzos, llegará á los puestos superiores á los cuales lo autoricen su instrucción y su inteligencia. Sus trabajos se limitarán á atender á los detalles de las organizaciones locales, los que tal vez le parezcan de escasa importancia; á partici-